

- 261 -

● Editorial

LA FORTALEZA, VIRTUD CRISTIANA

"**C**REIMOS que el Concilio iba a ser una exigencia, y está resultando todo lo contrario. Esperábamos que nos iba a pedir más, y todo parece reducirse a ir pidiendo menos. De militantes de un catolicismo exigente, tenemos la sensación de estar pasando a teorizantes de una religión deshuesada, fofa y sin brío.» Así creemos que podría reflejarse la actitud de desilusión de algunos al iniciarse 1967.

No faltan motivos para poder pensar así, si a los hechos nos atenemos, no a las ideas. Bien claro está que el ideal conciliar de una Iglesia misionera en todas las latitudes, despegada de los bienes de este mundo, orientada en sentido resueltamente espiritual, libre de implicaciones políticas, vuelta hacia el Evangelio, poseedora y amante apasionada de la Palabra de Dios... no autoriza en manera alguna esa visión peyorativa reflejada en las frases que anteceden. Pero todo eso ocurre en el orden de las ideas. En el de los hechos, si no siempre, sí al menos en no pocas ocasiones, estamos viviendo un trance en que cada vez se echa más de menos esa noble y gran virtud cristiana que se llama fortaleza. Vamos cediendo, insensible pero constantemente, a la comodidad, la pereza... y la cobardía.

Sería imposible recoger aquí todos los síntomas. Pero, ¿cómo no recordar al menos algunos? ¿Quién no se ha quedado, al final de reuniones de tipo ecuménico, con la impresión de haber estado jugando con equívocos, contra todo lo que el Movimiento ecuménico debe ser e intenta serlo en la mente de sus fundadores y promotores? ¿Quién no aprecia en la predicación ordinaria, y aun en la extraordinaria de las Misiones populares, un cierto temor a la franca exposición de los dogmas «molestos» a la mentalidad contemporánea? ¿Quién no se ha dado cuenta de lo que ocurre al plantearse la exigencia sobrenatural de

una vocación, flaqueando entonces lamentablemente hasta los mismos directores espirituales en cuanto surge una oposición familiar o algo que suponga contraste con los criterios mundanos? ¿Quién no ve, en el nuevo subjetivismo moral, en el contagio con la «ética de la situación», un reflejo del espíritu de comodidad que lleva a callarse aunque la infracción objetiva sea manifiesta y clara, por tanto, la obligación moral de alzar la voz para corregir aquella deformación de conciencia? ¿Quién no se ha admirado al ver la comprensión, ya casi ilimitada, que encuentran las defecciones y caídas, como si el cumplimiento de una palabra dada a Dios en los votos o en la ordenación estuviera en rango inferior al culto, a la palabra dada que se tiene como un honor en los mismos asuntos más resueltamente mercantiles o humanos? ¿Quién, en fin, no se da cuenta del continuo rebajar de nuestras exigencias a la hora de urgir las obligaciones mismas que la Iglesia impone, como la misa dominical o la práctica de la penitencia? Y esto por hablar de cosas de alguna entidad. Que si de ellas descendiéramos a otras de menor momento, la lista se alargaría para comprender desde el paralizador respeto humano, que impide bendecir la mesa ante los demás, ni siquiera discretísimamente, hasta el concepto de vida ascética, que ha eliminado el uso de instrumentos de penitencia y parece sancionar un ilimitado contacto con el mundo y cuanto el mundo representa. Hay ocasiones en que se tiene la impresión de que ni siquiera a los «profesionales» de la consagración a Dios (sacerdotes, religiosos, seminaristas y novicios) puede pedirseles nada que suponga un esfuerzo.

La lealtad al Concilio pide salir al encuentro de esa caricatura que ciega las fuentes de las vocaciones, multiplica las defecciones, resta brillo al ideal cristia-

(Pasa a la pág. 2.)

EN ESTE NUMERO: Tres muestras de la preocupación de la Iglesia por el mundo de los jóvenes:

- LA JUVENTUD, ALEJADA DE LA IGLESIA, por Felipe G. de Albéniz (p. 11).
- LA JUVENTUD Y EL ECUMENISMO, selección de Juan L. Piñero (pp. 19-21).
- JUVENTUD, ¿TIERRA DE MISION?, por Eusebio López (páginas 32-30).

- 261 -